

LA ASCENSION CIVICA DE UNANUE

CARLOS ENRIQUE PAZ-SOLDÁN

Estamos presentes en la mañana de hoy, los maestros y alumnos de la Casa donde se doctrina en el Perú a quienes abrazan la profesión de aliviar el dolor, precio de la vida; de asistir a las dolencias, patrimonio de cuantos nacen; y de velar por la salud del pueblo, supremo deber cívico, para rendir, unidos con los representantes del Poder público y con este selecto auditorio representante de la ciudadanía, renovada ofrenda de lealtad a la pura memoria sagrada del Fundador que echó los cimientos eternos de la Escuela Médica de Lima.

El Sr. Decano y la Facultad de Medicina me han confiado pronunciar el discurso de orden de la ceremonia. Tal designación, al par que me abruma, me conmueve y me obliga. Sin embargo nada de nuevo diré después de cuanto en décadas he dicho sobre el Magno Creador de nuestra Casa de Estudios. ¡Cuán acertado hubiera sido confiar la responsabilidad oratoria de este acto a alguno de los nuevos valores que están surgiendo y afirmándose en las filas de esta Facultad! "Los griegos estaban persuadidos de que los homenajes que se rinde a los dioses les son más agradables si lo son por la juventud y la belleza". (Littré).

Más, obediente, acato la decisión de mis colegas de Claustro y, para traducir con mis palabras el singular significado de esta cita solemne, que me sea dispensada la gracia de avisorar el hecho que dió punto de partida a esta ascensión cívica que se cumple ahora por la voluntad soberana de todos los peruanos. Ese hecho aconteció el 13 de Agosto de 1755, en el oasis litoráneo de Arica, puerta la menos empinada que da entrada hasta la Altiplanía Sur-americana y por donde ingresaron, siglos há, los neopobladores venidos de Ultramar, quienes trajeron nuevos métodos de labor para la extracción de los meta-

les que guardan los Andes ubérrimos; metales que salieron, asimismos, por Arica, dejando en ella no la plata, si las cepas humanas que allí se avecindaron.

El hecho que así hipnotiza hoy nuestros corazones fue el nacimiento de un niño varón, hijo de los pobladores adventicios radicados en Arica; niño que alumbró en la hora en la que el Sol entre opulentos celajes púrpuras se hundía en la mar distante y en la que el Morro, vigía del rocoso litoral, ahora monumento perdurable del heroísmo peruano, se confiaba a la caricia nocturna que sobre su cima ponían las estrella entre las cuales, Antares, el corazón rojo se diría del Cielo, en esa noche, predestinando a los nacidos bajo tal signo para que jamás olvidaran el amor en medio del drama cruento que en veces es el convivir social.

A esa hora que evoco, en modesta casa del poblado iluminada por ceras y entre los ayes que corean el renacer de la etnia, una madre santa, colmada de místico fervor, dió al Perú, a la América y al mundo una criatura cuya primera voz, como la de todos, fue el llanto, la que en el correr del tiempo verbo encendido y fecundo sería de sabiduría y de piedad.

Días después el recién nacido recibió en una de las Parroquias, eran tres entonces, del lugar —Diaconías que aseguraban el feliz alumbramiento de las madres— con el ritual del Jordán el nombre de José Hipólito Unánue y Pavón. En el mismo instante en que era inscrito el nombre en el registro parroquial, mano invisible escribió en ese otro libro, el de los destinos terrenales del hombre, estas misteriosas palabras vaticinadoras: "Este niño llegará a ser Médico Honorario de S. M. el Rey de España. Protomédico del Perú Virreinal, Primer Presidente del Congreso Constituyente cuando su Patria culmine en el ejercicio de su soberanía política".

Dos centurias han corrido desde este acontecimiento que ahora se impone a nuestra reverencia. Un abismo se diría colmado de episodios innúmeros: gloriosos unos, trágicos no pocos, desconcertantes muchos, los más olvidados, unos y otros desgraciados y felices con complicada sucesión paradójica y aún teñidos por la sangre que da expresión visible de la Vida, hecho sobrenatural que es, como lo dijo el Apóstol, para quien la muerte era condición natural de cuanto está hecho de barro.

En este lapso, el Perú se convirtió de Virreinato en República y comenzó el proceso de su modelamiento para responder a las mutadas condiciones socio-vitales de su evolución democrática, entendida la De-

mocracia como la paz de las almas, la ventura de los corazones y el bienestar individual y social. De los 200 años del período. Hipólito Unánue ocupó 77, tiempo que duró su llama vital con la que iluminó decisivos acontecimientos que llenaron los fines del siglo XVIII y los comienzos del XIX. ¿Cómo juzgar con acierto, justicia y verdad lo que fueron esos acontecimientos y la participación en ellos del Grande Peruano? Tal la pregunta que siempre me he hecho y que ha cobrado angustiosa vehemencia desde que recibí el encargo que me hizo la Facultad.

En realidad estamos prosternados ante un inmenso camposanto, sobre el cual se operó el ocaso del opulento Virreinato y el alba de la República agitada y febril. Todo esto es el pasado. "¡Cuánto hay en esta sola palabra PASADO!, exclamó Carlyle". "¡Cuán patético, sagrado y poético significado tiene! Crece y se torna más grandioso a medida que el Tiempo le presta más lejanas perspectivas!" ¿Cómo mirarlo, se preguntó, el gran pensador? He aquí su respuesta: "La Historia, después de todo es Poesía. Y la Realidad, cuando se le interpreta bien, es más grata a la mente de los hombres que la Fantasía". Esta carta de rumbo que nos guía en la tarea que me habéis encomendado en esta fiesta colmada de vislumbres de Eternidad.

Los once septenarios que intensamente vivió Hipólito Unánue demandan ser narrados para que se conozca con precisión y se le ordene en sus períodos cronológicos a fin de juzgar lo que fueron su pensamiento, su sentimiento, sus acciones. Y cómo respondió a cuanto en torno le planteó la vida en sus manifestaciones infinitas. Para esa empresa hay que pedir concurso a la memoria. Recordar lo que fué es asistir a las peripecias de la obra de los hombres y aprender a juzgarlas con espíritu abierto a la comprensión. Para que así ocurra, hay que tornar vivo al ayer yacente para lo que se necesita calidades especiales en quien se aventure a esa empresa: claridad en la mente, método en el trabajo y supremo amor por la Vida que es saber perdonar a la muerte. Esta disciplina se cumple en las casas donde se enseña la Medicina, porque la Medicina es, en esencia, insuflar Espíritu para que la llama de la Vida sea propicia a las obras de Bien, de Verdad y de Belleza.

La disciplina que se ocupa de esta resurrección humana es la Biografía, descripción de la vida. Existe desde milenios y gracias a ella se puede mostrar ejemplos a las nuevas generaciones. Tal labor jamás como ahora es más imperativa en nuestro tiempo sacudido por cataclísmicas catástrofes materiales, éticas y espirituales.

La vida y la obra de Unánue aún no han sido narradas en una *biografía integral*. La que en 1861 escribió Benjamín Vicuña Mackenna, dedicada a la hija del Prócer como ofrenda de gratitud y de admiración, después de haber sentido la emanación del Domus campestre de ARONA, donde vivió Unánue las horas más serenas de su existencia, dio el primer paso en esta empresa biográfica. Otras más, han sido ofrecidas a la consideración pública. Tal vez la que Hermilio Valdizán brindó en 1926: "El Doctor Don Hipólito Unánue. — Apuntes biobibliográficos", publicada en hora propicia cuando comenzaba a resonar la voz de Unánue después de una mudez secular, es el derrotero mejor hasta ahora disponible para contemplar la unidad de esos sesenta y siete años de la vida fecunda del Prócer. Ha servido de cantera para muchos que han extraído de ella materiales para otros bocetos. Un recuerdo que sea en esta hora para el cronista probo, erudito, que partió tan tempranamente hacia el reposo sin luz.

Y cómo no mencionar para rendirle nuevo aplauso la obra benedictina de Luis Antonio Eguiguren, grande proveedor de documentos y de noticias desconocidas sobre nuestro ayer cultural y en las que por doquiera Unánue irradia su personalidad sobresaliente plena de magnificencia!

En 1935, Luis Alayza y Paz-Soldán, bisnieto del Sabio, comenzó la publicación de monografías diversas sobre la vida y la obra de su ilustre bisabuelo. Han sido ofrendas colmadas de mandato ancestral. La belleza de su estilo, la cantidad de documentos familiares exhibidos, la evocación de viejos cuadros de la vida doméstica del insigne Ariqueño le han permitido proyectar nuevas luces sobre el campo en sombras de nuestra política. Esta labor ha trasladado la admiración de muchos por Unánue a su papel en la hora de la Emancipación, dejando de lado la brillantez excelsa de su verdadera figura de médico.

En tal empresa, que alabo, Unánue cobra en efecto nuevas fulguraciones ocupando al lado de los Libertadores venidos de los extremos de la América Meridional lugar de primera línea y sobrepasando por su profundo conocimiento del Perú a los venidos desde lejos. Estas monografías numerosas no exentas de juicios susceptibles de debate y aún de reserva, también han sido canteras desde hace un veintenio para tomar en ellas muchas preseas de préstamo como tantos han rendido a la memoria de Unánue.

Silencio los nombres quizás de otros estudiosos que han espigado en los campos del pensar y del quehacer unanuista para rendir homenajes al Fundador ante cuya sombra, plena de luz de Eternidad, esta-

mos inclinados. Pido que no se tome este silencio por olvido, menos por condenación. Apenas como exigencias de brevedad verbal. Séame si permitido un comentario sobre lo que cabría llamar la *Dislogía* que existe en las biografías formales dedicadas a Unánue. Tal defecto o, mejor, tal condición se explica, o por lo menos es explicable para nosotros, médicos, habituados a comprender los misterios de la Vida. Se debe a que cada ser humano no es una unidad plena. El hombre es quien le juzgan los otros. Tal fatalidad bio-psico-social produce imprevisibles, contradictorios, alucinantes aún juicios no concordados cuando se estudia y examina la vida y la obra de un hombre sobre todo si grande.

La ofrenda biográfica afecta entonces a quien la motiva, entenebrece su memoria o deforma su majestad. No creo que la biografía de quienes dejan un legado glorioso y benéfico sea tratada como una disección anatómica, en la que cada quien escoge el fragmento del cadáver que atrae su curiosidad o sus preferencias de examen, profanándose así la unidad del biografiado, el todo donde el alma y el cuerpo mantuvieron la armonía misteriosa que está bajo las leyes incognoscibles de la Vida.

Por eso hay que aceptar que sólo el tiempo pronuncia juicios fundados, e inapelables cuando, alquitarado el conocimiento cabal del personaje, se logra una visión total capaz de despertar la admiración y la reverencia de las generaciones ante el Espíritu que pervive y que es lo único que asegura la grandeza humana. La criatura hecha de carne es mortal, condenada a morir, final inexorable en cuyo fondo, como suprema esperanza, está Dios. Esto no quiere decir que niegue la utilidad de los testimonios biográficos, pero jamás debe olvidarse que "la Verdad se presenta por sí misma".

La convicción que expongo me la han dado los años. Por eso no agregaré ahora nada nuevo a los ensayos biográficos que he ido ofreciendo en el correr de los días con humildad de corazón, amante de la gloria inmarcesible del Fundador de la Escuela Médica de Lima. Siempre lo he visto como ahora lo veo y como después de larga meditación lo mostré en 1940, al reeditar la V Edición de ese libro, síntesis de la doctrina médico-social de Unánue que es "Observaciones sobre el Clima de Lima". "El primer gran Médico peruano, el primer gran Patriota peruano, el primer gran Maestro peruano".

Cuarenta años hace, desde 1915, que mi ufanía de médico recién asomado a la profesión tuvo un deslumbramiento sideral al conocer lo que fueron esta vida y la obra peregrina de Hipólito Unánue,

como la relataban los tres volúmenes editados en Barcelona, en 1914, cumpliendo piadosa manda de amor filial. ¡Cuánta impresión alucinante me dieron en mi juventud ávida de aventuras mentales! Para mi mocedad esa impresión fue la luz de Damasco que a tantos ilumina el camino de la existencia. Me volvió discípulo del inmortal Maestro. Me señaló rumbo profesional. Si algo he llegado a ser lo debo a esa luz que aún arde en lo profundo de mi corazón dispuesto para el reposo.

Por ésto, después de la lectura atenta y voraz aún de esos volúmenes me lancé a una cruzada de prédica que no ha concluído, porque ahora todavía me invitan los maestros y los alumnos de este santuario de la Medicina peruana a proseguirla, para mostrar a Unánue como lo contemplaban mis pupilas alucinadas por su impresionante dimensión anímica. No resisto al deseo de repetir el párrafo inicial con que comenzó esa cruzada verbal. En "El Comercio", el 28 de Julio de 1916, diario que todos leían entonces como un portavoz de la palabra nueva, así tracé atrevidamente la primera biografía que le dediqué:

"Fué en su tiempo la cumbre espiritual más alta de la América. Su nombre pronunciado con respeto era conocido de las Academias sabias de ambos mundos. Y su potente personalidad irradiaba claridades de Sol en la alborada luminosa de la Emancipación continental. Sus contemporáneos apenas pudieron medir sus proporciones gigantescas. Ha sido necesario el lento rodar de un siglo para que se comience a apreciar su figura inmensa dominando en el campo fecundo de la cultura americana. Humanista, orador, médico, sabio, maestro, legislador, tribuno y apóstol reunía en su panoplia espiritual todas las más variadas armas. Y en su tiempo marcado por el derrumbamiento de las sociedades coloniales supo mantenerse erecto señalando el porvenir. Y así se mantiene aún sobre el caos intelectual de esta tierra peruana. Su enorme personalidad fulgura en el Cielo de la Patria con el inmarcesible fulgor de los genios tutelares de la nacionalidad".

¡Un alarde oratorio el exordio! Pero reposaba sólidamente en la creencia brotada del corazón. La cumbre que vió mi edad de ansia aventurera por la Cultura he procurado escalarla. Inaccesible, jamás me cansé de contemplar su albura. En páginas que cerrarán mi magisterio fernandino y que pronto verán la luz pública gracias al respaldo concedido por la Facultad, exhibo los reiterados esfuerzos por esa ascensión hasta sus claridades envueltas en el albo manto de la pureza

de la vida de Unánue: con las dos caras de su cima, la de la Salud y la de la Libertad.

No hablaré ahora de lo que fué el pensamiento médico de Unánue, tampoco de sus actividades cuando hace Ciencia y cuando hace Arte durante su ininterrumpido sacerdocio hipocrático. Lo que anhelo para corresponder a la confianza en mí depositada, por mis colegas del Claustro es mostrar cómo se ha operado la ascensión magnífica en esta fecha bicentenaria del nacimiento de Hipólito Unánue de su inmortal Espíritu a la Gloria para, desde su altura, velar como veló en sus días terrenales, siendo polar que oriente al Perú en su marcha segura hacia un mañana de plenitud y de poderío espiritual y material en esta hora convulsa y apocalíptica que atraviesa el mundo. Cumplido de esta suerte una función superior que es privativa de la Medicina: renovar la Vida haciendo que sobre ella, como en el Génesis bíblico, manen las limpias aguas de la Verdad y de la Justicia.

Con satisfacción anímica quiero hablar de la obra cumplida por esta Facultad y por los médicos peruanos en el proceso de la lenta glorificación de Unánue que llega ahora a culminación perdurable y definitiva, con la ascensión que los ojos contemplan del Padre de la Patria a lo Alto para orientar la marcha del Perú.

Se ha dicho y repetido con verdad que han sido en todo tiempo, los hijos de esta *Casa Mater*, leales a la memoria de Unánue. En ese reconocimiento hay sin embargo una reserva de que tal glorificación tuvo carácter privativo, limitándola sólo al Asclepiade que fundó el Real de Medicina y Cirugía de San Fernando. Olvidan quienes cometen el error crítico que la Medicina no es tan sólo quehacer cotidiano sino además, hoy más que nunca, disciplina que por conocer lo que es el hombre, le guía en salud y en libertad hacia el cumplimiento de sus destinos. Los médicos por eso jamás hemos dividido a Unánue como se divide a un cadáver de Anfiteatro, para poner de manifiesto tal o cual rasgo de su personalidad múltiple en sus expresiones, pero una en su esencia.

Para disipar cualquier duda sobre la verdad de lo que afirmo brevemente señalo los hitos del proceso glorificador que ahora culmina en forma admirable. Los médicos del siglo pasado siempre mencionaron el nombre de Unánue y aún evocaron su obra en las horas solemnes de la Medicina nacional. Los que se diplomaron en este siglo XX en sus comienzos, ufanos con el adelanto técnico del Arte convertido de más en más en Ciencia, no mantuvieron esa *praxis* recordatoria. Mas concluido el primer veintenio, la reedición de las obras del grande Maestro despertó en algunos médicos amantes de la Historia, fervo-

roso culto por el Fundador de nuestra escuela hipocrática. Ya mencioné el nombre de Hermilio Valdizán cuya presencia inmaterial percibo en esta hora plena de luz del más Allá.

La labor informativa que cumplieron esos pocos médicos permitió que concluido el primer sexenio, 1915 a 1921, en este último año, en que el Perú celebró el centenario de su independencia, al escoger el Presidente D. Augusto B. Leguía al Peruano que debía simbolizar las virtudes de la peruanidad, Hipólito Unánue fué el que ganó la patriótica decisión del grande Estadista, para que en mármol, el busto del Ariqueño inmortal figurara al lado de los veinte hombres representativos de las Repúblicas de la América en el Palacio de Carnegie, sede de la Unión Americana. Un gran paso se dió así, de inmenso valor, para la glorificación del Hombre que ahora se muestra con divinos atributos.

El día 22 de Diciembre de 1924, cuando el Sol iluminaba con sus últimos resplandores a Lima, en esta misma sala en fiesta se realizó bajo el dosel del III Congreso Científico Pan Americano, un acto que presidió el Dr. Guillermo Gastañeta, como Decano y Presidente de la Sección de Medicina y Sanidad de ese grande certamen y en el que, recogiendo las luces centenarias de la batalla de Ayacucho, que selló la emancipación de la América hispánica. Hipólito Unánue recibió los saludos de los grandes representantes del Continente venidos hasta nuestra capital. He llamado a esa ceremonia, "la americanización de Unánue" y reitero la calificación.

El 16 de Octubre de 1927, los grandes sanitaristas del Continente con ocasión de la VIII Conferencia Sanitaria Pan Americana, que fué cuidadosamente preparada para que cobrara plena solemnidad trasladaron en hombros los restos de Unánue, que durante un siglo yacían en el Cementerio General que el propio Unánue, con el glorioso Virrey Abascal había erigido, a ese Santuario, el Panteón de los Próceres, en donde acabaron por ocupar el ara máxima, lugar que ningún peruano podrá jamás superar mientras sea el Perú. Fué esa como la llamé en medio de emoción legítima, la 'canonización civil de Unánue'. Solón Núñez, en ese día habló en nombre de la América con acentos que ahora mismo están resonando en la fiesta que en San José de Costa Rica celebran el ilustre antiguo Ministro de Sanidad, con el Dr. Antonio Peña Chavarría y los médicos de ese país, como las están celebrando en otros lugares del Continente. Desde entonces Hipólito Unánue ocupa el cenit histórico del Perú.

Al mismo tiempo que esta consagración se llevaba a cabo, se decretó erigir en el Parque Universitario, frente a la centenario y glorio-

sa Casa de San Marcos, la estatua en mármol del Padre de la Patria. El Presidente Leguía que la mandó esculpir no presidió la inauguración de ese mármol de paz y de rumbo para la Nación, pero hasta su celda de martirio llegó el eco jubiloso con que se aplaudió la inauguración de ese monumento ante el que pronunció palabras José de la Riva Agüero y Osma.

Podría seguir citando las conmemoraciones que después de estas realizadas en el decenio 1921-1930 han llenado largamente la actualidad, renovando la conmemoración de las efemérides que marcaron el nacimiento y la muerte de Unánue, celebradas en la Academia de Medicina y en la Sociedad Peruana de Historia de la Medicina. Están en la memoria de todos. Sólo mencionaré aún estos tres actos decisivos en el proceso de la glorificación multitudinaria, callando si muchas cosas en obediencia del precepto sacro del "Secreto profesional" norma eterna de Hipócrates: la Asamblea conmemorativa del centenario de la muerte de Unánue, el 15 de Julio de 1933, que dió siembra a la "Federación Médica Peruana" y puso término al triste colapso que agravios gratuitos del gobierno llevaron a la clausura de esta Casa de Unánue; el segundo acontecimiento digno de recuerdo fue la edición de "El Clima de Lima" bajo la protección del Presidente Manuel Prado, en 1940, y el tercero, inolvidable, la traslación del bronce que hizo alzar sobre los restos de su padre, en el Mausoleo espléndido que edificó en el Cementerio general el hijo D. José Unánue, y cuya guardianía encargó a esta Facultad, hasta el patio de honor de esta Casa convertida desde entonces en templo donde el bronce humanizado, al par que dió "resurrección milagrosa" a Hipólito Unánue, proclama la fecha que marcó cuatro siglos para la Real y Pontificia Universidad Mayor de San Marcos de Lima, y la profunda devoción con que la dirigió Pedro Dulanto, de limpia memoria y cuya sombra benigna se diría que me alienta ahora como me alentó el 16 de mayo para compartir la compañía oratoria del acto fascinante con el Profesor Richard Shryok, de John Hopkins, con el Embajador Dantés Bellegarde, de Haití, con Ernesto de Souza Campos, Profesor en Sao Pablo, con Bernardo Houssay, Premio Nobel de Medicina y con el entonces Ministro General Juan Mendoza Rodríguez. Prefiero enmudecer, temeroso de que con mengua del "secreto profesional" ya recordado, diga cuanto quisiera decir de nuestro Decano Dr. Oswaldo Herculles, autor del milagro de esa traslación, y del eminente Presidente de la Sociedad de Beneficencia de Lima de esos días, Dr. Eleodoro Romero Romaña, que tanta parte tuvieron en esta ascensión, previa se diría a la que ahora reverenciamos. Que este respeto por la milenaria norma hipocrática, me consienta asimismo no

revelar el secreto genético de la Ley 12343, nacida de la amistad profunda de años que me liga a su autor, Augusto Peñaloza, tan atento a las grandezas auténticas de la Patria.

Señores y Señoras:

He hablado ya bastante para sentir que mi deber está cumplido. Cuanto no dije, ya habrá ocasión de decirlo en las páginas que serán ofrendadas a la posteridad para que prosiga el culto día a día más fervoroso por Hipólito Unánue. Que calle mi boca para que resuene el vibrante verbo de nuestro eminente Decano. Mostrará en su oración lo que es el pensamiento de Unánue convertido en mensaje de bronce para dar rumbo, como ya lo dió, a la Moral Médica de los profesionales que han salido y saldrán de esta Casa. Es la más profunda enseñanza que dará a quienes siempre he llamado los "hijos de Unánue".

Al enmudecer esta palabra hijos me impone otro deber que también cumplo. Entregar un nombre a vuestro recuerdo y a las alabanzas que merece. Es el de D. José Unánue, "Hijo de Unánue, poseedor de un feudo, Señor de setecientas fanegadas" como dijo alguna vez Pedro Paz Soldán y Unánue, el inmenso Juan de Arona, nieto del Fundador de la estirpe. Amó D. José sobre todos los amores a su padre: "Este amor por los padres, es por la Eternidad". De ahí el mausoleo que le erigió en el Cementerio general y que confió a la guardianía de esta Facultad y sobre el que colocó el bronce, ahora faro de orientación en esta Casa de los médicos peruanos; de ahí la manda testamentaria que ordenó para que las obras de su padre fueran conocidas de las nuevas generaciones, manda que sin ella no hubiera sido quizá la ascensión que ahora contemplamos; de ahí la creación que consintió a la Academia de Medicina para que durante medio siglo recogiera los fenómenos climatológicos de Lima, con el "Observatorio Unánue" ya desaparecido; de ahí el Palacio de Mármol que alzó en el rico Valle de Cañete, ofrenda perenne a la tierra nutricia para dar la lección de que sin Agricultura el hambre es é imposible la grandeza y fortaleza del pueblo, lección magnífica en un país como el Perú donde su tierra convertida en roca es permanente reto a la laboriosidad nacional para que sean de nuevo los surcos de la siempre. ¿Se hubiera realizado la resurrección de Hipólito Unánue, sin este fervoroso amor del hijo?

Concluye mi larga oración emocionada al Padre de la Patria. Fué el MAESTRO, y seguirá siéndolo desde su Inmortalidad. No soy yo

quien tal título le dá, se lo dió a sí mismo Unánue cuando, en horas de diálogo con el Más Allá y limpio de toda ambición terrena, escribió para información de la posteridad: "De 66 años de edad he consagrado 45 a enseñar a la Juventud. He promovido establecimientos para su educación. He publicado obras y contribuído con mi pluma a cuantos periódicos se principiaron a dar a luz en 1791, época brillante de la Literatura peruana". Maestro, si, maestros, es lo que necesita el Perú para su engrandecimiento definitivo. ¡Maestro! Ninguna palabra más colmada de esencias léxicas: *mezas, mago*, el más grande y poderoso que siempre llega a ser, la Historia lo demuestra, aquel que posee la "Virtud perfecta", que se hace real cuando el Espíritu gobierna al barro corporizado para que en él residan, durante su tránsito, la Salud y la Libertad.

¡LA VIRTUD PERFECTA! A la sabiduría del Oriente, dar una respuesta que tiene más de dos milenios. Oigamos el testimonio: "Tzeu Chang preguntó a Confucio en qué consiste *la Virtud perfecta*". Confucio respondió: "*Es perfecto quien es capaz de practicar cinco cosas en todas y siempre*". El discípulo interroga todavía: "Cuáles son esas cinco cosas". Respondió el Filósofo: "*La gravedad del talante, la grandeza de alma, la sinceridad, la diligencia y la beneficencia: la gravedad del talante inspira respeto; la grandeza de alma gana los corazones; la sinceridad obtiene confianza; la diligencia ejecuta obras útiles; la beneficencia hace fácil la dirección de los hombres*".

¡Que sea ya el silencio que es grito del Alma al Cielo!



El busto de Hipólito Unanue en el Anfiteatro Anatómico de la Facultad de Medicina.